

CUENTOS ESTRAMBÓTICOS

EL ROBO DEL DIAFRAGMA



AY cosas tan incomprensibles en el mundo, que no tiene nada de particular que al saberlas se le caiga á uno el chaleco.

Yo me enteré del fausto acontecimiento por una casualidad.

El clamoreo del público se extendía dominador, imponente, por toda la calle de Alcalá y la gente apretujada pasando, sudando á cántaros, abría la boca dos cuartas.

—¡Que vié el pelón! ¡Que vié el pelón!— era el grito, la exclamación de la multitud, de las turbas, mientras en un lujoso landó que caminaba á paso de galápago por entre la masa humana se sonreía, como un conejo, el que iba á ser heroe de la tarde.

Oliverio Polo, el celebérrimo, Oliverio Polo, el *Kolosal ex-fenómeno* taurino otra vez *fenómeno*, luciendo un traje deslumbrante, de *órdago*, oro y verde rana, saludaba reventando de gozo, desde su asiento del coche á los *canelos* que le aclamaban.

—¡Viva el zeñó de Polo!— gritaba de vez en cuando un mozo *é espás* que iba sentado en el estribo y que espulsaba á torrentes, en arcadas como rebuznos, las arrobas de *vinaco* que llevaba en el organismo.

Y por donde pasaba el armatoste en el que iba triunfal Oliverio como un dios de la Cornamenta, quedaba un reguero, una vomitona de *tinto* y camarones, de un color indefinible.

II

El Circo taurino estaba de bote en bote.

Algunos espectadores por conseguir una barrera, se seccionaron la yugular.

Hasta en las taquillas donde la cola formada, era de seis y siete kilómetros de larga, hubo facazos de *pronóstico* y tiros como petardos de *á folio*.

El mismo empresario, de darle vueltas en su caletre á suceso tan sensacional y negocio tan estupendo, reventó de una apoplejía fulminante la noche de la víspera de la corrida monstruo.

El retorno de Oliverio Polo al toreo, era así algo como darse de *hostias* con el Sol.

—¡Olé! ¡Olé! ¡Olé!— Polo al pisar la arena de la plaza, reluciente de escamas, no veía de la *jindama*.

Y saltó al ruedo un bicharraco de alivio, negro como un tizón y que tenía la rara costumbre de guiñar el ojo izquierdo.

A la primera verónica del maestro de los maestros, del AS único de la baraja fenomenal de los fenómenos, el *morlaco* hizo la seña del tres y luego la del tute de reyes.

Oliverio se puso lívido y después vizco, muy vizco y le atizó una coz en la cabeza al *buró*.

Entonces con un mugido inaudito, lleno de dolor y de presagios de misa de *requiem* se arrancó el negro y ¡zás! ¡zás! ¡zás! ¡Pim! le abrió en el bajo vientre al ídolo una brecha como una *gatera*, haciéndole siete partes y un décimo el *yeyuno ileón*.

—¡Oh! ¡Eh! ¡Ah! ¡qué momentos! ¡qué emoción! Polo fué conducido á *puñaos* á la enfermería.

Allí, el médico de guardia le reconoció la herida, le miró el ojo como á un besugo, y dijo poniéndose muy serio, recalándose en su triste afirmación y arrugando el forro de la cabeza.

—¡No le alcanza ni el Oleo!

Aquellas palabras lanzadas por el galeno entre chupadas de una targarina de veneno, produjeron en los espectadores una confusión piramidal.

—¡Un cura! ¡un cura! ¡que venga un cura!

Diez, quince, veinte, veinticinco, treinta y cinco.... hasta setenta minutos pasaron y el óleo no parecía. La impaciencia era enorme. Polo se moría á chorros.

Al cabo de nueve horas, la puerta de la enfermería se abrió para dar paso á un venerable Sacerdote. Aqué! era Isaias Rum-Rum.

Se aproximó á Oliverio que se revolcaba en una alberca de sangre y le administró el último sacramento sin pérdida de tiempo.

Y antes de terminar, el loco del logaritmo, que había reconocido en el moribundo al de los tiros de la calle de Sevilla, le metió con disimulo la mano por la *gatera* y le robó un objeto extraño, un órgano asqueroso y expulznante, una piltrafa horrible que chorreaba sangruza. Rum-Rum se la guardó en el bolsillo de la sotana y escupió.

—¡Ay mi madre! ¡¡Ah!! ¡¡Ah!! ¡Ay! ¡que *m'an quitao* una cosa de la barriga!—Polo se daba cuenta.—¡Ay! ¡que me muero! ¡que me muero!—Oliverio tenía los ojos en blanco, gordos como dos huevos pasados por agua.

—¡Ay, la *órdiga*, que me pongo *mú* malol—el gitano daba cada grito que partía la columna vertebral.

Cuando el facultativo practicó al herido una operación urgentísima exclamó lleno de asombro:

¡Este hombre no tiene diafragma!

—¡Me lo han robao!—contestó el *fenómeno* llorando á *moco tendio*.

III

En un frasco panzón, el cura *el óleo*, puso en alcohol como preciada curiosidad, el diafragma de Oliverio Polo.

Porque como decía el loco de Rum-Rum, aquello era la prueba patente de su mayor triunfo.

Había conseguido hallar el logaritmo del diafragma del gran torero.

Y Polo sin el órgano, andaba furioso como un chacal buscando al autor de la rapiña.

ROBERTO ACOSTA

Madrid—6—915

MEJOR QUE EN SAN SEBASTIAN se está en el BAR COLON hermoso kiosko instalado en el paseo del Pilar, donde encontrará usted, toda clase de bebidas espumosas; refrescos, cervezas, KOKI, gaseosas.

Fiambres, pastas, pasteles, conservas en lata y patatas fritas.

Es el lugar más concurrido y más ameno.